



I

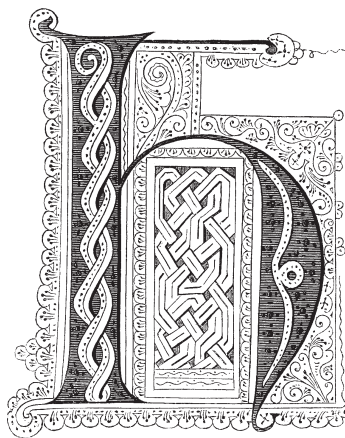
ESTUDIOS

MONOGRÁFICOS



Composición de Alfredo Erias con dos fotografías de época, una que representa a don Francisco Vales Villamarín, realizada por José Antonio Veiga Sánchez en 1972 o poco antes, y otra, con augadoras en la fuente de San Francisco en la década de 1930, de la que es autor F. J. Martínez Santiso.

VALES VILLAMARÍN, DESCUBRIDOR DE SU TIERRA



Hay una especie de hombre de letras a la que injustamente se atribuye menor vuelo intelectual, pero sin cuya acción oscura, perseverante y meticulosa no serían posibles las obras más encumbradas. Los amplios tratados, las grandes y brillantes generalizaciones, las sugestivas síntesis dependen estrechamente del paciente acarreo de materiales menudos, pero auténticos y de primera mano que aporta la erudición local y comarcana. ¿Qué es lo que sabríamos de no contar con su insustituible subsidio?

No se puede transitar por las historias generales ni siquiera por las de períodos o temas muy concretos, sin encontrarnos, formando parte de su arquitectura, los elementos de construcción salidos del archivo regional o municipal, de protocolos o de la parroquia. Ahí en la vida íntima familiar, de los que fueron, está el venero de noticias que, una vez seleccionadas, ordenadas e interpretadas, han de nutrir los textos históricos relevantes.

Aparte de la historia más aparatosa e insustancial -aunque necesaria, que únicamente se ocupa de aquellos hechos llamativos que dicen de las guerras y las dinastías, hay otra intrahistoria que presenta el sencillo fluir de la vida de los hombres en su cotidianeidad, en sus relaciones familiares y vecinales; en sus oficios y trabajos, en lo que producen, comercian y consumen; en lo que saben y en lo que sienten; en su paisaje nativo. La pequeña patria, la que se abarca de una mirada amorosa, constituye la más inmediata referencia del hombre respecto a su entorno y sus orígenes, el enlace con su más profunda raíz.

Pues bien, en nuestro mundo cultural, rara es la pequeña patria, la ciudad, la comarca o la provincia en que, sin salirse del círculo, aparentemente ínfimo, de lo local, no se desarrolle una fecunda actividad creadora que, partiendo de lo más inmediato, trascienda a lo más universal.

Siempre hubo en Galicia éstos que, a veces con desdén intolerable, se llaman eruditos locales, historiadores particulares. Ya se les conoce desde el siglo XVII, pero proliferan durante la Ilustración y el Romanticismo y sobre todo se multiplican en la segunda mitad del siglo XIX y en lo que va de éste en que vivimos.

Sus nombres los conocemos y los respetamos como conocemos y respetamos el de uno de sus más claros especímenes: Francisco Vales Villamarín (1891-1982).

Tuve mi primera relación con él, siendo yo muy niño, por su dedicación profesional a la enseñanza y por las vinculaciones de mi madre con el entrañable mundo de los maestros y los niños. Y había de ser al final de su vida mi último nexo con los petrucios de la Real Academia Gallega, el último con quien podía hablar de aquellos claros varones a quienes traté muy tempranamente por notorias circunstancias familiares. Mi diálogo *post mortem* con los gloriosos viejos a quienes lo debe casi todo la cultura gallega, sólo podía establecerse a través de Vales, que les había conocido en persona, excepción hecha de Juan Naya que también los trató precozmente. Tal era una de las razones del gran afecto que le tuve.

Era Vales hombre fino de porte y de maneras. Delgado, rubio, de ojos azules. Cortés, ecuánime y bondadoso. Ávido de saberes que entregar a los demás. Apasionado del conocimiento de nuestra historia y nuestro arte, de nuestras tradiciones y costumbres, de nuestros hombres ilustres y de nuestro pueblo llano.

Tuvo una ocasión excepcional de entrar en cercano contacto con los grandes de nuestra tierra cuando, siendo todavía muy joven, acompañó los días de la condesa de Pardo Bazán a título de secretario suyo, y fue fiel al recuerdo de la gran dama y gran escritora cuando, más tarde, redactó las memorias de las temporadas estivales que pasaba junto a doña Emilia en las torres de Meirás. Tal vez el estudiante que entonces era Vales, sintió en Meirás el primer tirón de las letras y, en adelante, ya no habría de apartarse de su ejercicio.

Escribió de todo lo que tuviera que ver con su bienamada ciudad de Betanzos, con su territorio de influencia y, cuando más, sobre asuntos relacionados con la ciudad de La Coruña en la que se desarrolló la mayor parte de su existencia y de la que puede decirse, sin demasiados escrúpulos y rigorismos geográficos, que es, con Betanzos, una de las dos capitales de las Mariñas. Ningún tema betancero o coruñés de que hubiera tenido noticia y que no estuviera suficientemente estudiado, escapó a su curiosidad erudita.

Escribió sobre linajes y sobre blasones municipales y nobiliarios. Estudió las cofradías gremiales de su pueblo y describió sus santuarios y devociones. Trató de prehistoria y de arqueología, de etnografía, usos y costumbres, fiestas y caminos y tipos populares. Trazó semblanzas de personajes notables que fueron paisanos suyos. Dio a conocer las pinturas y las esculturas de templos y palacios de su ciudad. Transcribió documentos olvidados en los archivos. Cantó en versos genti-

les las cosas todas de su tierra y de sus gentes. Enseñó en la escuela, en las Academias y en la prensa...

Nada quedó por observar dentro del campo de sus curiosidades científicas. Fue hombre de intereses múltiples y no es mucho que le gradúemos de polígrafo, pues vasto y variado fue lo que aprendió para enseñárnoslo. El historiador, el genealogista y heraldista, el arqueólogo, el etnógrafo y folklorista, el filólogo, el pedagogo, el periodista y tantas otras cosas más que fue Vales le definen en conjunto y sin hipérbole como polígrafo.

Ni que decir tiene que en todos sus trabajos no sólo resplandece un intenso amor a las cosas de su tierra sino que brillan el rigor científico, el contraste de datos, la lucidez de las interpretaciones y la gravedad de los juicios.

Ya no se podrá escribir, cuando se escriba y si se escribe faltando él la historia de Betanzos ni la de las Mariñas, sin tener en cuenta las investigaciones de Vales tal y como se reflejan en sus trabajos hasta ahora publicados o inéditos que, gracias a esta tarea recopilatoria, quedarán para siempre a disposición de los estudiosos y de los amantes de nuestra tierra, no ya en menudas y perecederas publicaciones dispersas, sino formando cuerpo en el tomo que ahora se edita y que tiene entre las manos el lector de estas líneas. No se enumeran aquí los títulos de esos trabajos porque los encontrará el lector páginas adelante y podrá disfrutarlos en su integridad.

Desventuradamente, y pese a su gozosa longevidad de nonagenario, no ha podido ver Vales publicada esta colección de sus trabajos que ahora sale a la luz. Pero su generoso ánimo aceptaría de seguro que el fruto de sus desvelos, aún sin haberlo contemplado impreso, ilumine nuestras horas y nos enseñe tanto como él supo. Recordémosle, por eso, con agradecimiento y con nostalgia de su noble presencia entre nosotros. Una presencia que, no obstante seguiremos gozando perennemente en sus escritos.

Carlos Martínez-Barbeito

*Miembro numerario de la
Real Academia Gallega y de otras
Academias españolas y extranjeras,
investigador y novelista.*



Dibujo de José Manuel Pardo Valdés.